

El miedo es la mayor y más peligrosa de las emociones. Ninguna se le iguala y a todas vence en buena o mala lid, porque cuando el miedo aparece hasta los amantes se traicionan. El vuelo, que había empezado en Bruselas, se convirtió pronto en una pesadilla. Esteban se había sentado al lado de una mujer cuyo aspecto le había resultado desagradable aunque no sabía bien por qué: ¿tal vez por su melena lacia, sin brillo? ¿Su mirada descarada, esos ojos siempre tan abiertos que lo observaban con impertinencia? La mujer —de no más de treinta años— le había empujado al elevar su bolsa de viaje hacia el maletero. Luego, tras encajar con dificultad su enorme cuerpo en la butaca, le había preguntado de dónde era. De Madrid, había respondido él con sequedad. ¿De qué barrio?, le repreguntó ella cuando el avión comenzaba a acelerar en la pista. Él rehusó contestar. No solo porque le provocaba mucho respeto el momento crítico del despegue sino para ahorrarse una conversación fastidiosa a lo largo del viaje. Ya en el aire, quiso hacerse el dormido, pero el corpachón de la joven no parecía caber en los límites de su butaca y, cada vez que ella se movía, él recibía un codazo. A mitad de trayecto, una tormenta muy aparatosa comenzó a zarandear el avión. Se movía igual que una hoja de papel en el aire, y lo hacía con un trastabillar metálico estrepitoso, como si los cajones y armarios cercanos a la cabina de pilotaje experimentaran el paso de un terremoto. Las ventanas tiritaban con cada trueno y las azafatas se agarraban a sus asientos abatibles con una lividez que alarmaba aún más a los pasajeros. La única persona que se mostraba despreocupada era la muchacha gruesa que Esteban tenía a su lado. Solo se escuchaban el tronar de la tormenta y las carcajadas roncadas de la chica cuando el avión perdía altura bruscamemente. —Uy —decía entre risotadas—. Uuuy... Ja, ja, ja... Parecía disfrutar mucho con aquellos vaivenes, como si se encontrara en una atracción de feria. Alguien se había atrevido a chistar para que se callara, igual que se hace en el cine ante el alboroto de un grupo de adolescentes, pero fue un mal remedio. La mujer prorrumpió en risotadas aún más estridentes, impúdicas, lo que empeoró la atmósfera de la cabina de pasajeros, cargada de tensión y miedo a duras penas contenidos, como si reacción tan extravagante confirmara el presagio de lo peor, como si la locura de la mujer significara necesariamente que su vida iba a terminar pronto, allí mismo, y la del resto de pasajeros también, y ella lo sabía, lo que celebraba a gritos a modo de extraño exorcismo contra el pánico. Esteban notaba cómo un sudor frío se extendía por su espalda; no quería gimotear, como hacía ya algún pasajero, y se reprimía hasta el ahogo, agitado por lo que parecían convulsiones tan rápidas como dolorosas. El avión siguió cayendo como una noria en su turno de bajada y Esteban sintió que el calor y la humedad invadían sus muslos. La mujer

soltó entonces su risotada más escandalosa.

—Ja, ja, ja —y señaló la entrepierna de Esteban—. Un adulto hecho y derecho, ja, ja, ja...

—Chissssss —se oyó de nuevo.

—Ja, ja, ja —dijo la mujer—. Vamos a morir, vamos a morir... Ja, ja, ja...

La aeronave volvió a subir y volvió a bajar, su fuselaje sufría sacudidas cada vez más violentas, como si lo estuviera golpeando una jauría de enfurecidos diablos voladores.

Esteban logró apaciguar momentáneamente el miedo cuando se dio cuenta de que la orina, tras extenderse alrededor de su bragueta, bajaba por el interior de la pernera derecha de su pantalón y llegaba hasta el suelo. Ahora, el problema de disimular lo que acababa de sucederle le preocupaba más que su propia vida, por la que hasta entonces había temido tanto. Recordó un episodio humillante de su infancia. De vuelta a casa en el autobús del colegio, se meó encima y se cubrió el pantalón mojado con la trenca. Pero la orina bajó como un riachuelo delator hasta llegar donde se encontraba el conductor, que avisó a la profesora y paró el vehículo en el arcén. Una a una, la malhumorada inquisidora fue recorriendo las filas de asientos hasta dar con el causante de aquella lágrima gigante y amarillenta. Le humillaron. Igual que, tantísimos años después, lo humillaba la perturbadora mujer que se sentaba a su lado.

—Da gracias a que me lo estoy pasando muy bien —le dijo al oído—. Que si no, me ponía a gritar como una histérica y todo el mundo se enteraba de este desaguisado.

No, por Dios, eso no, pensó Esteban, pero no dijo nada.

El comandante anunció que iban a aterrizar en el aeropuerto de Oviedo, ya que la tormenta era demasiado intensa y la visibilidad, nula en Barajas. Pidió a los pasajeros que se mantuvieran con el cinturón de seguridad abrochado y cumplieran con todas las normas preventivas que les había explicado el personal de vuelo antes del despegue.

—¿Falta de visibilidad? Ja, ja, ja. No se lo cree ni él... —se burló la chica—. Aquí se ha roto uno de los motores, me juego el cuello.

Era evidente que el avión estaba virando y con ello también lo hacía el reguero de orina. Fue hacia la derecha y retrocedió, y luego llegó hasta el pasillo tras pasar por debajo de los pies de la mujer.

—Por poco —exclamó, mirando con una sonrisa a Esteban—. Menos mal que he levantado mis sandalias... Son de Farrutx, ¿te gustan?

El avión se inclinó tanto que a Esteban se le escapó un grito al tiempo que caía sobre la mujer, que volvió a soltar una risotada. La mano de Esteban se apoyaba sobre uno de sus senos, mullido y cálido, y ella continuaba riéndose, y parecía moverse con el fin de forzar la caricia circular del

aterrorizado Esteban.

—Quítate los pantalones —le dijo luego, cuando el avión se estabilizó.

—¿Cómo?

—Rápido, ponte estos... Que yo no miraré...

Había sacado de debajo del asiento su bolsa de mano con unos pantalones de chándal grandes, que depositó sobre Esteban.

—Toma, te presto también ropa interior —le puso sobre el regazo unas enormes bragas de color carne.

El avión osciló hacia el otro lado coincidiendo con un nuevo trueno y esta vez ella cayó sobre él y su mano gruesa le golpeó en los testículos. Mientras él se dolía, ella le desabrochaba el cinturón. Le intentaba despojar de los pantalones.

—Venga, hombre, no seas tímido... Estás todo meado...

Venga, ponte mis pantalones, que son de tu talla, ya verás...

Nadie se enterará, el estruendo es tremendo... Venga, hombre...

Ja, ja, ja...

Esteban logró apartar a la mujer cuando ya llevaba los pantalones bajados por la rodilla. Echó un vistazo hacia el otro lado del pasillo y comprobó que los pasajeros tenían la mirada perdida. Parecían estatuas de cera. Daba la impresión de que no querían ver qué sucedía más allá de la tormenta, como si la mujer escandalosa pudiera acrecentar el terror que los inmovilizaba. Se bajó del todo los pantalones y se puso los que ella le ofrecía, devolviéndole las enormes bragas. Era como si con ese proceso lograra ahuyentar durante el tiempo suficiente el miedo que atenazaba su mandíbula y su pensamiento. Ella se reía en silencio y a sacudidas, con algunos hipos cortando su risa. Los pantalones de chándal eran de color azul turquesa y cuando Esteban se los subió hasta la cintura dejaron al descubierto sus pantorrillas blanquecinas y peladas. Le quedaban cortos. La mujer volvió a reír con estruendo, golpeándose el muslo con un gesto tabernario. Y entonces el avión empezó a caer como un misil dirigido hacia tierra. Las mascarillas de oxígeno brotaron del techo imitando el bailoteo de un montón de hombres ahorcados y Esteban se imaginó como uno de ellos, agonizante, al borde de la asfixia. Fue solo un instante. Lo que tardó su frente en impactar contra el asiento delantero. Tuvo la impresión de que gritaba más de lo que sus pulmones le podían permitir. Sus oídos pitaban con un dolor que grababa en su rostro una mueca de espanto.

Iba a morir.

En medio de aquel descenso vertiginoso sintió que un brazo agarraba suavemente su cabeza y apretaba su mejilla contra un pecho blando, acogedor, maternal. Seguían cayendo, sí, pero él ya no tenía miedo. Los gritos del resto de pasajeros se diluyeron en una ilusión de silencio. Y Esteban solo escuchaba la canción de cuna que surgía de la garganta de aquella extraña mujer, que lo arrojaba y lograba

tranquilizarle. «El pollito Crispín, amarillito limón, se quedó sin su piquito por no comer la ración...». El avión de repente se equilibró y el comandante anunció que ya habían pasado lo peor, que en breve aterrizarían sanos y salvos en el aeropuerto de Barajas, que iban a dejar atrás Oviedo, porque era viable llegar a Madrid, según le había comunicado la torre de control. Pero Esteban ya no percibía más que la voz apaciguadora de aquella mujer, que acariciaba sus oídos al tiempo que sus manos hacían lo propio con su cabello hirsuto. «Y se puso a llorar, cuando sin pico se vio y al momento prometió su comida devorar...». Descubrió que le caían lágrimas de felicidad, calientes y amorosas. Estaba sufriendo una especie de regresión a su infancia. Después del ataque de adrenalina, se encontraba sereno en el abrigo que aquel cuerpo esponjoso le ofrecía.